

rostros insomnes nos impusieron el silencio, y el silencio nuevamente se apoderó de los poetas y de la poesía. Y pensé: sólo el tiempo y su perseverancia en el cultivo y digestión de metá-

foras, entre cimas y simas, podrán corroborarlo, quizá muy pronto como uno de los más grandes poetas que las breñas antioqueñas le darán a Colombia. Duende le sobra. ■

Perros de presa, de José Ramón Mercado



José Ramón Mercado, escritor colombiano ganador de premios como el Premio Nacional de Cuento José Eustasio Rivera (1974).

En visita breve a Medellín por estos días, llegó desde Cartagena el escritor costeño José Ramón Mercado, para presentar la segunda edición de su libro de cuentos *Perros de presa*¹. Mercado nació en Ovejas (Sucre), municipio nombrado hoy por las noticias de la violencia que azota al país. Ha escrito alrededor de diez libros entre la poesía y la narrativa. Ha sido también autor y director de teatro y tiene varias obras montadas, aunque ninguna publicada. Actualmente combina el oficio de poeta y narrador —“acostándome tarde, levantándome temprano y *camellando* los fines de semana”— con el de rector del Inem de

Alejandro García Gómez
Escritor y profesor

Cartagena (un liceo de enseñanza secundaria), donde vive hace más de 25 años, después de que fuera expulsado como profesor del Liceo Bolívar, también de Cartagena, por haber montado y dirigido con sus estudiantes “*La huelga grande*”, una obra de teatro en la misma ciudad. Este año, después de veinticinco, acaba de ganar su pleito jurídico; se le solicita que se “reenganche”. Un triunfo simbólico; una joya más entre las perlas de nuestra justicia y de las actuaciones de ese tipo de funcionarios educativos, tan comunes en este país que se disuelve.

“Perros de presa”

El libro que hoy nos ocupa, vio la luz por primera vez en 1978². En él, el autor pretende recrear la ficción poética de su infancia, entre la situación del país para ese entonces. Cuentos como “*El bobo de la yuca*” (para mí el mejor logrado del libro), cargado de imágenes de su infancia, en donde un retrato psicológico, junto a una tragedia humana, sirven como pretexto para la denuncia social. Tragedia que se cumple cuando echan del pueblo al padre García, por

1 Mercado, J. R. (2000). *Perros de presa*. Segunda edición. Editorial Lealón. Medellín.

2 Mercado, J. R. (1978). *Perros de presa*. Ediciones Nueva Narrativa Colombiana. Bogotá-Cartagena.

una razón que nunca se la menciona, pero que permanece manifiesta a lo largo de la parte final del cuento. El padre García, personaje al que sólo se le conceden dos espacios fugaces, es el símbolo no sólo de la bondad —necesaria para equilibrar en el cuento la mísera vida de su personaje principal— sino de una caridad cristiana comprometida socialmente con los desposeídos y con los débiles (de acuerdo con las verdaderas directrices evangélicas de siempre, desde que Jesús fundamentó los cimientos de su doctrina), como no es fácil encontrarla entre muchos de nuestros clérigos de hoy. “Al padre García lo echaron en esa época mala que vivimos aquí”³. Para qué más explicación; si situamos al autor y su obra, sabremos que “esa época mala que vivimos aquí”, aquí en Colombia, fue la que llamamos la de la Violencia, o Primera Violencia, predecesora de la actual, antecedida a su vez por otra y por otras, atizada por nuestros partidos políticos, pero provocada y organizada por intereses económicos.

Albores del narcotráfico

Los cuentos en los que el leitmotiv no corresponde a la ficción poética infantil, se transforma en pretexto para “pintar” la situación del país para ese entonces. Se podrían distinguir tres tipos de cuentos entonces: los del comienzo de la bonanza “marimbera” precursora del gran narcotráfico; los de la violencia partidista, con remembranzas desde la “Guerra de los mil días” hasta mitad del siglo pasado; y por último los cuentos de los albores de la formación de los grupos guerrilleros de Colombia.

Entre los primeros merecen destacarse por su buen logro “*La noche del nock-out*” y “*Mai broder*”. En ambos, el juego de béisbol o el boxeo —deportes “populares” en Cartagena y en general en la Costa Atlántica— ambientan la denuncia social de la injusticia, el marginamiento, la explotación y el olvido estatales, y la manipulación de los poderosos grupos económicos privados que también se han adueñado empresarialmente de la explotación económi-

ca de los “deportes rentables”, con la creación de dioses de brillo costoso y fugaz, acompañándose de la manipulación de sentimientos colectivos, tan viejos como la historia humana. La desigualdad en todos sus matices, la desesperación de las gentes a causa de su miseria —o el ansia del consumismo desaforado de las clases medias y populares, aupado por los medios de comunicación— han socabado nuestra dignidad, y nos han llevado hasta el punto en el que nos encontramos, sin ser aún el gran clímax.

Cuentos de violencia

En sus cuentos de violencia —para mí los de menor factura a pesar de las distinciones y premios nacionales e internacionales de algunos de ellos—, se distinguen los de la violencia (partidista), comunes en varios de los escritores de las décadas del sesenta y setenta, y los del comienzo de la formación de los grupos guerrilleros colombianos.

Además de que su factura literaria decae en estos —como lo señalé antes—, en los de los comienzos de la actuación de los grupos guerrilleros actuales, Mercado cae en la ingenuidad maniquea, —común para varios de los escritores colombianos formados en esa época— del convencimiento de que la libertad, la justicia social, e incluso la bondad, eran la única inspiración de esos grupos, y no los grandes intereses de la *guerra fría*, que se aprovecharon de la miseria de los desposeídos; de la ira, de la sed de justicia y de la ingenuidad de casi todos nuestros intelectuales; de los intereses criollos y deseo de poder de nuestros poderosos, para poner a luchar, con las armas o con la máquina de escribir, a los colombianos contra los colombianos.

Esta actitud en los escritores, que quizá algunos ven como imperdonable hoy, es comprensible y en su momento tuvo su razón de ser, quizá por aquella presión de grupo “del intelectual y del escritor comprometidos”, que hizo moda para la época. Muchos de los escritores de las décadas del sesenta y setenta —y quienes oficiamos como crudos estudiantes para la

3 Mercado, J. R. Op. cit. 45.

época— caímos en la trampa de creer que sólo el marxismo era sinónimo de justicia social y libertad para América Latina. En el tiempo y en el espacio, estaba cerca la Revolución Cubana. El pensamiento de Mao era la biblia roja editada en folleticos, fáciles de memorizar en el bus. Moscú afilaba su hoz expansionista e invasora contra el capitalismo de la posguerra —convertido en el imperialismo norteamericano de entonces— en favor de su territorio y dominio mundial.

Hoy, con terror, Colombia despierta ante la sangre y ante la gran incógnita. La experiencia nos ratifica y nos comprueba una vez más que la única obligación del escritor honesto —y “comprometido”, si se quiere— es la desmitificación del poder, del poderoso.

Dos cuentos más

Hay dos cuentos, en *Perros de presa*, que no caben en la anterior clasificación de temas: *Tiempo de fiesta*, enmarcado dentro del ambiente de la controvertida fiesta de la corraleja, celebrada en algunas regiones de la Costa Atlántica colombiana, innegable herencia de la fiesta de San Fermín combinada con la Fiesta Brava española tradicional. En las corralejas, el confeti, el serpiente, los pocos o muchos billetes sobre la colcha de los toros enfurecidos, y el alcohol a raudales, siempre mezclado con la sangre, disimulan, no sólo, uno de los más grandes salvajismos de una “tradición” cultural, sino que revelan las marcadas diferencias de las clases sociales costeñas. Pero *Tiempo de fiesta*, aunque soslaya este aspecto sociológico, se centra más bien en hacer un homenaje a uno de los compositores vallenatos más famosos, hoy desaparecido: Alejo Durán.

Un drama de amor y de dolor, más intenso que la propia vida, dramático título que evoca la vida

de las radionovelas —con *El derecho de nacer*, como paradigma de todas— entre los chismes y oficios de las “amas de casa” y entre el acentuado ambiente machista de la Costa Atlántica, es un cuento mejor logrado literariamente que *Tiempo de fiesta*. Y aunque la temática de este cuento remite inmediatamente a *La tía Julia y el escribidor*, de Vargas Llosa, publicado en 1977, Mercado sostiene que su cuento se escribió antes de que apareciera la conocida novela del peruano y que hubo reconocidos personajes costeños que pueden dar fe, porque lo leyeron como manuscrito. Sea como sea, es un cuento, como dije, bien logrado literariamente.

Aproximación a su estilo

Para *Perros de presa*, el escritor José Ramón Mercado escoge el monólogo de frases breves, cortadas por frecuentes puntos seguidos, y a veces, sutilmente, casi incompletas. Con un controvertido criterio, adrede descarta, casi hasta el absoluto, el uso de la coma, el punto y coma y los dos puntos. Las frases cortas —a veces, como dije, casi incompletas— dejan al lector el trabajo de completarlas mentalmente. Como alguien que te está conversando de manera sosegada, pausadamente y que se guarda alguno que otro final obvio de frase, con el fin de llamarte la atención, invocar la escucha en forma sutil, como coincidencialmente conversa este escritor.

Finalmente, el crítico francés Jacques Gilard, en un comentario publicado en *4 Cheminement de la Petite Gabolle 31270 Cugnaux, Francia*⁴, dice que “con *Perros de presa*, el primer libro de relatos que firma como autor único, José Ramón Mercado efectúa una aportación apreciable a la cuentística costeña y nacional”. ■

4 Comentario que aparece en la edición de *Perros de presa* que se comenta aquí.